

BOLETIN

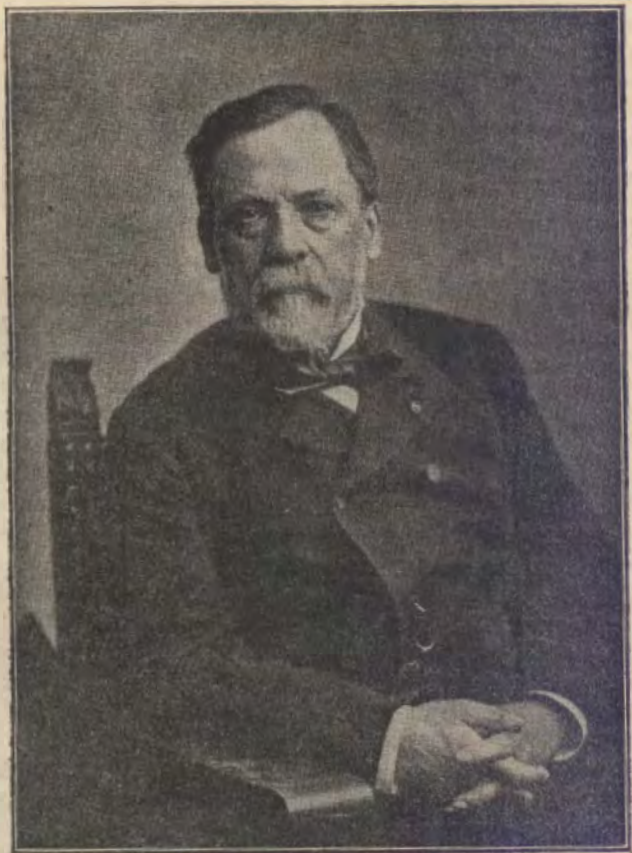
DEL

CONSEJO NACIONAL DE HIGIENE

Año X

Montevideo, Febrero de 1915

N.º 100



* 1822

Luis PASTEUR

† 1895

«Su gloria impereccable ilumina el mundo entero y resplandeciendo sobre su patria, nuestra bella y generosa Francia».—Ch. Perier.

L. PASTEUR (*)

ELOGIO PRONUNCIADO EN LA ACADEMIA DE MEDICINA DE PARIS

EN LA SESIÓN ANUAL DEL 15 DE DICIEMBRE DE 1914

por G. M. DEBOVE

SECRETARIO PERPETUO DE LA ACADEMIA DE MEDICINA

Monseñor, Señor Presidente.

Señoras, Señores,

Por tradición, la sesión anual de nuestra Academia está consagrada en parte al elogio de uno de sus miembros. Os hablaré del más ilustre de ellos, de Pasteur. Debemos recordar que ha modificado profundamente nuestra ciencia, que ha publicado en nuestros Boletines sus más importantes trabajos, a los cuales podemos aplicar esta cita de Bossuet: "Se relatan en todas partes: el francés que los ensalza nada enseña al extranjero, y cuanto pueda hoy referiros, previsto siempre por vuestros pensamientos, tendré aún que responder al secreto reproche que me haréis por haber quedado muy por debajo de aquéllos. Nada podemos, débiles oradores, por la gloria de las almas extraordinarias. El sabio tiene razón para decir que "sus solas acciones "pueden elogiarlo"; cualquier otra alabanza desmerece respecto a los grandes nombres, y la sola sencillez de un relato fiel podría sostener su gloria."

Recordaremos la carrera científica de Pasteur, y también su vida privada, sus opiniones morales, sociales y religiosas, pues, según dice él mismo: "De la vida de los hombres que han señalado su pasaje con un trazo de luz durable, recojamos piadosamente para la enseñanza de la posteridad, hasta las

(*) Publicado en el *Bulletin de l'Académie de Médecine*, de París, número 40, tomo LXXII, y traducido por J. Etchepare. (N. de la D.).

menores palabras, hasta los menores actos propios a hacer conocer los aguijones de su alma grande."

Luis Pasteur nació en Dôle, el 27 de diciembre de 1822. Poco después de su nacimiento, su padre abandonó esta villa y vino a Arbois, a ejercer la profesión de curtidor. Fué soldado del primer Imperio, hizo las campañas de España y de Francia, fué condecorado sobre el campo de batalla de Arcis-sur-Aube. Por medio de un trabajo asiduo pudo subvenir a las necesidades materiales de su hijo, y le dió una educación propia para desarrollar estos sentimientos de honor y de patriotismo que se han transmitido a un ejército cuyos hechos culminantes celebra hoy la gloria. A la muerte de su padre, Pasteur escribía: "Le debo todo. Joven me ha alejado de las malas compañías. Me ha dado el hábito del trabajo, y el ejemplo de la vida la más leal y la mejor cumplida". Este padre modelo tuvo la alegría, antes de morir, de saber que su hijo había ilustrado su nombre.

El agradecimiento de Pasteur para con su madre, no fué menor. En ocasión de una fiesta conmemorando con una placa su casa natal, dijo: "Tus entusiasmos, mi valerosa madre, tú me los has inculcado. Si he asociado siempre la grandeza de la ciencia a la grandeza de la patria, es porque yo estaba impregnado de los sentimientos que tú me habías inspirado". Se puede resumir lo que precede en una metáfora científica, diciendo que Pasteur, brotado de una buena simiente, se desarrolló en un excelente medio de cultura.

Homero dice que la protección de Zeus se manifiesta el día del nacimiento y el día del casamiento. Pasteur fué protegido particularmente; se casó con María Laurent, hija del Rector de Estrasburgo. Fué una esposa y madre ejemplar. Ella tomó parte activa en todos los trabajos de su marido, cuidó de los detalles materiales de su vida, y por su desvelo le permitió pasarla entera en las puras regiones de la ciencia.

Por herencia y por educación, Pasteur fué un verdadero patriota. Siendo discípulo de la Escuela Normal, en 1848, pasa delante de una tienda de campamento intitulada: "Altar de la Patria"; deposita allí todas sus economías, que ascendían a 150 francos. Nadie se impresionó más penosamente por los acontecimientos de 1870. Lamentaba que sus achaques no le

permitieran tomar las armas, y su hijo se enroló como voluntario. Testigo de las crueldades inútiles ejercidas por el ejército invasor, envió su dimisión motivada de Doctor de la Universidad de Bonn. El Decano respondió dirigiéndole la expresión de su menosprecio y agregó: "Queriendo garantizar sus actos contra la mancilla, la Facultad os devuelve vuestro libelo". Así, un autógrafo de Pasteur habría mancillado una Universidad alemana!

El patriotismo de Pasteur no fué exclusivo; jamás desconoció los trabajos de los sabios extranjeros. Resumía su manera de pensar en este aforismo: "La ciencia no tiene patria, el sabio tiene una". Lo demostró, cuando la Francia mutilada por el extranjero, arruinada por una guerra civil, rehusó una cátedra de Química en la Universidad de Pisa. La ingratitud hacia una madre es el vicio peor que pueda infectar el alma humana; ¿qué pensar de la ingratitud hacia la patria, nuestra madre común? También Pasteur respondió en los términos siguientes al ofrecimiento ventajoso que le había sido hecho: "Crearía cometer un crimen y merecer la pena de los desertores, si fuera a buscar lejos de mi patria una situación material mejor". En toda la serie de sus trabajos, fué sostenido por el mismo sentimiento. "La ciencia, escribía él, debe ser la más alta personificación de la patria, porque entre todos los pueblos, siempre será el primero aquel que marchará a la cabeza por los trabajos del pensamiento y de la inteligencia".

Profundamente sensible, Pasteur era religioso, pero no fanático. Veía en la religión una guardiana de la moral, un socorro para los afligidos, una esperanza para el porvenir. "En tanto que el misterio del Infinito gravite sobre el pensamiento humano, escribía él, se elevarán templos al Culto del Infinito, llámese el Dios Brahma, Allah, Jehová o Jesús". Sus opiniones religiosas no contrariaron jamás sus trabajos científicos. "No hay aquí, escribía él a propósito de la discusión sobre las generaciones espontáneas, ni religión, ni filosofía, ni ateísmo que valga; podría mismo agregar, como sabio, me importa poco." Tenía, pues una amplitud de vista que quisiéramos que se generalizara. La religión es una cuestión de sentimiento, es inútil razonarla. Hay que repetir con Pascal: "El corazón tiene sus razones que la razón no conoce". Inversamente, la ciencia razona, no debemos dar entrada al senti-

miento; es lo que Bossuet ha expresado diciendo: "El mayor desconcierto del espíritu es creer que las cosas son, porque se quiere que ellas sean". Bajo el pretexto de religión, se ha perseguido a sus adversarios arrojándolos a las bestias, a las llamas, inquietándolos de maneras diversas cuando se disponía de autoridad suficiente. Podemos siempre ignorar tales errores. Los hombres religiosos deben recordar que la bondad es la virtud por excelencia, que ella está prescripta por todas las religiones, que la tolerancia es una forma de la bondad. Los que no son religiosos deben respetar las convicciones de los demás, para que se respeten las suyas. Los sabios, serán particularmente modestos. Ellos no ignoran que vivimos en una zona oscura, que nuestros conocimientos son bien limitados; recordarán la frase puesta por Shakespeare en boca de Hamlet: "Existen más cosas en el cielo y sobre la tierra que las que podría soñar nuestra filosofía."

Pasteur se mantuvo alejado de toda discusión religiosa, como permaneció ajeno a la política. En 1870, en momentos en que estalló la guerra, más tarde bajo la República, para honrar su carrera, reconocer sus servicios, se trató de nombrarlo senador. Felizmente no lo fué. Hubiera sido absorbido por ocupaciones que no le habrían permitido ningún descanso, se hubiera visto obligado a asistir a todas las sesiones de las asambleas legislativas. De su maestro Dumas, el ilustre químico, dijo: "Desgraciadamente la política lo iba a tomar en sus engranajes. Estaba perdido para la ciencia, no tenía aun cincuenta años!". Ciertamente, Pasteur no habría sacrificado jamás el interés de la patria a un interés electoral. Convencido de que la grandeza de un país resulta del conjunto de las actividades, de las energías, de las virtudes particulares, se mostraba severo para ciertas democracias y lo expresaba en esta forma: "¿Por qué es necesario que al lado de esta democracia fecunda, exista otra que sueña, absorbe el individuo en el Estado? Esta democracia tiene el gusto, me atrevería a decir el culto de la mediocridad. Todo lo que es superior le parece sospechoso. Se podría definir esta democracia: la liga de todos aquellos que quieren vivir sin trabajar, consumir sin producir, alcanzar los empleos sin estar preparados, los honores sin ser dignos de ellos."

Absorbido por sus investigaciones científicas, Pasteur pensaba siempre en ellas. Habitualmente silencioso, no quería distraerse en conversaciones ociosas, ni fatigar a sus oyentes con

habladurías. Extraño a los placeres mundanos, no comía nunca fuera de casa, no frecuentaba los teatros, donde no habría podido interesarse con las aventuras, ni con las charlatanerías de amorosos fantoches. Se recreaba cultivando las letras, demasiado descuidadas por muchos hombres de ciencia. “No ha habido jamás ocasión de apercebirse—ha dicho Biot—que fueran ellos más sabios por ser menos letrados”. Gracias a sus lecturas, Pasteur estaba familiarizado con las ideas generales, patrimonio común de todos los pueblos, de todas las edades, de todas las condiciones sociales. Adquirió la forma literaria que conviene a un sabio. Ella deja transparentar los hechos en su desnudez sin que el lector sea distraído por el encanto de los velos que los recubren.

Pasteur estaba dotado de una viva sensibilidad que no lo abandonaba nunca; sea tratándose de relatos de pura imaginación o de cosas reales. No podía ver operar un enfermo o practicar una vivisección. No estaba, sin embargo, afiliado a la secta antiviviseccionista que sacrifica la fraternidad humana a la fraternidad animal. Aceptaba las experiencias sobre los animales como una necesidad impuesta por la naturaleza de sus investigaciones. “Ved, escribe Darwin, los resultados obtenidos por los trabajos de Pasteur sobre las enfermedades contagiosas, ¿no serán los animales los primeros en aprovecharlos?” Hay que ser bueno con los animales, pero los que proclaman esta verdad no titubean siempre en masacrar pobres bestias, para satisfacer su placer o su glotonería.

La emotividad de Pasteur era tan viva que sorportaba mal la contradicción. No era siempre dueño de sí mismo, y no observaba constantemente la calma que conviene a un filósofo. Un día tuvo con un anciano, miembro de nuestra Asociación, una discusión tan áspera en la forma, que este último quiso enviarle los padrinos. Hubiera sido absurdo aplicar a una cuestión científica, un procedimiento, ridículo si ocasiona un arañazo, criminal si tiene consecuencias más graves. Pasteur reconocía que soportaba impacientemente la crítica. “Si a veces, decía, he alterado la tranquilidad de nuestras academias con discusiones un poco vivas, es porque defendía apasionadamente la verdad”. A pesar de lo ardientes que fueran estas polémicas, no guardaba de ellas ningún mal recuerdo, y reco-

braba rápidamente una serenidad que no se hubiera esperado de un temperamento tan excitable.

La obra de Pasteur habiéndose hecho clásica, es difícil comprender hoy las resistencias que ella ha encontrado. Siempre sucede así con los descubrimientos que modifican profundamente las ideas admitidas durante siglos. Cuando una doctrina ha sido enseñada durante largo tiempo, produce una especie de vacunación que hace refractario a las ideas nuevas. Los innovadores tendrán siempre que luchar contra esta enojosa inmunidad. Las veletas fijadas largo tiempo en una misma dirección no sabrían girar sin chirriar. Pasteur ha manifestado su pesar por no haber sido médico ni veterinario. Nosotros debemos regocijarnos por ello. No hubiera tenido la libertad de espíritu necesaria para buscar la verdad y tal vez hubiera querido conciliarla con los errores clásicos. Cuando se le pidió que estudiara la enfermedad de los gusanos de seda hizo notar que nunca los había visto. "Tanto mejor, respondió Dumas; no tendréis otras ideas que las que brotarán de vuestras propias observaciones". Por otros motivos, todavía es una suerte, que Pasteur no haya sido médico. Hubiera concurrido para ser externo, interno, médico de los hospitales, agregado, y hubiera triunfado si hubiera encontrado tribunales simpáticos; pero estos procedimientos de selección tienen a menudo una enojosa influencia. Se pasan los días y una parte de las noches preparando las pruebas para el concurso. Alejado de los laboratorios, absorbido por la teoría no se sabría ni observar, ni experimentar. Es sorprendente que tantos hombres distinguidos, brillantes profesores, hayan podido resistir a este régimen. Si Pasteur lo hubiera tenido que soportar no habría transformado la medicina. Las dificultades hubieran sido más grandes todavía si Pasteur hubiera practicado nuestro arte. Lo hubiera hecho, como la mayoría de nuestros colegas, con los sentimientos de honor que forman la gloria de nuestra profesión. Ellos permanecen ajenos a todo beneficio ilícito, a todo reclamo de apariencias científicas, no conocen más que un interés, el de los enfermos a quienes ellos cuidan los males físicos y retemplan el valor. Esta labor incesante, es difícilmente compatible con la investigación personal, no deja ni el tiempo ni la libertad de espíritu necesaria para seguir los dédalos que conducen a la verdad.

No podríamos hacer aquí la historia de la Medicina; es, sin embargo, útil esbozar brevemente lo que era ella cuando vino

a iluminarla el genio de Pasteur. En el siglo XVIII y sobre todo en el XVII la medicina era una especie de religión. En París el canciller de la Universidad, canónigo de Notre-Dame, confería en nombre del Papa el derecho de ejercerla en todo el mundo. Por eso los médicos han conservado a menudo en su modo de conducirse y su manera de afirmar algo de sacerdotal y los dignatarios de su orden sonríen dulcemente cuando por analogía con los príncipes de la Iglesia, se les llama príncipes de la ciencia.

En el siglo XIX, la medicina hizo grandes progresos; los trabajos de Laënnec, de Charcot, de Pasteur, lo demuestran acabadamente, pero, sin embargo, ella fué literaria por demás. Numerosos médicos adquirieron notoriedad por la brillantez de su pluma o de su palabra. En las sociedades sabias, puesta una cuestión a la orden del día, ciertos oradores pronunciaban largos discursos cuando no tenían gran cosa que decir; su elocuencia encantaba al auditorio, arrastraba los sufragios. A menudo combatieron las ideas nuevas, se vanagloriaban de defender la sagrada herencia de la medicina tradicional. Cuando las ideas pastorianas se hicieron clásicas, es probable que las hubieran defendido con la pasión que pusieron en combatir las. Pasteur tuvo que luchar contra esta manera de discutir los problemas científicos. Repetía a menudo: "Traigo experiencias, se me contesta con discursos". Entendía que nuestras asambleas abusaban de la literatura. "Hace algunas semanas, decía él, en brillantes comités de los que no he salido jamás sin quedar maravillado por el talento de la palabra que había oído desplegar, os preguntábais cómo podría la Academia introducir en más alto grado, en sus trabajos y discusiones, el verdadero espíritu científico. Dejadme indicaros un medio que no sería ciertamente una panacea, pero cuya eficacia me inspira la mayor confianza. Este medio consistiría en una especie de compromiso moral contraído por cada uno de nosotros, de no llamar jamás tribuna a este pupitre, de no llamar jamás discurso a ninguna comunicación que se hubiere presentado, de no llamar jamás orador al que acaba de tomar o va a tomar la palabra. Dejemos estas expresiones a las asambleas políticas deliberantes que discuten sobre asuntos que son difíciles de probar. Estas tres palabras, tribuna, discurso, orador, me parecen incompatibles con el rigor científico". (*Muy bien*).

Si Pasteur reprochaba a algunos de nuestros colegas el ser demasiado literario, ellos por su parte, le reprochaban el no

trabajar en el hospital, el no ser clínico, y el consagrarse exclusivamente a los trabajos de laboratorio. “¿Qué tengo yo que ver, decía uno de ellos, con el espíritu del físico, del fisiólogo?” Este aserto era tan discutible como el de Duclaux al terminar con esta frase su hermoso libro sobre la historia de un espíritu: “Con Pasteur la Química tomaba posesión de la Medicina. Se puede prever que ella no la abandonará”. Es, sin embargo, imposible limitar los dominios de la física, de la química, de la fisiología, de la medicina. La ciencia es una, está dividida en provincias porque el espíritu humano no tiene la envergadura suficiente para explorarla en toda su extensión. La Medicina no puede progresar sino por la observación y la experimentación. El trabajo de laboratorio y la clínica son igualmente indispensables. Los médicos no deben dividirse en dos bandos. Los que quedasen voluntariamente ajenos a las investigaciones científicas limitarían estrechamente su horizonte, y los que dejaran de frecuentar los hospitales no estarían familiarizados con las dificultades de la medicina práctica, serían singularmente peligrosos para los enfermos que hubieran recurrido a sus cuidados.

Después de haber esbozado el carácter, el temperamento de Pasteur, debemos recorrer su carrera científica. Fué alumno de la Escuela Normal, después profesor en Estrasburgo. Sus primeros trabajos, referentes a la cristalografía, hubieran bastado para hacerlo ilustre; debido a ellos fué nombrado a la edad de 32 años profesor de Química y Decano de la Facultad de Ciencias de Lille. Estudió el alcohol de las remolachas, tema particularmente interesante para los habitantes de la región. Una vez encaminado en esta vía, ya no debía salir más de ella; pues el sabio se agita, sus ideas lo conducen. Es guiado por teorías constantemente modificadas por la experiencia. Ellas enlazan los hechos conocidos, conducen a nuevos descubrimientos. Pero son hechiceras que seducen y que demasiado a menudo nos hacen extraviar: no hay que consagrarles una ciega afección paternal.

El hombre de ciencia dotado de espíritu creador puede ser comparado al poeta. Este forja ensueños que expresa en imágenes que encantan los ojos y en sonidos que encantan los oídos. El sabio también forja ensueños; los somete al contralor de la experiencia que destruye la mayor parte, y, de ensueños en ensueños, de experiencias en